

III.—LOS ARSÁCIDAS

Desde que Arsán el Bravo se levantó en armas contra los Seléucidas, se habían pasado cuatrocientos setenta años, duración bien larga para una dinastía oriental. La monarquía pática se había extendido desde el Eufrates hasta el Indo; pero los Arsácidas, hombres de astucia ó de fuerza, según las circunstancias, no tuvieron nada del genio organizador de Roma. No crearon ejército permanente ni por consiguiente regular, ni una administración que ligara las diversas partes del Estado de modo que formaran en provecho de la autoridad real un todo homogéneo. Muy al contrario, dejaron subsistir á su alrededor un poderoso feudalismo causa de continuas turbulencias y en las provincias pueblos que no teniendo nada de común con el resto del imperio, sino el tributo pagado al rey, conservaron sus cos-



Artajerjes I (1)

tumbres, sus recuerdos y sus caudillos nacionales, es decir las esperanzas y los medios de recobrar un día su independencia.

Después de todo, las afrentas que infligieron á la monarquía pática Trajano, Avidio Casio y Septimio Severo y hasta Caracalla, habían destruído su prestigio sin que se hubiera restablecido por el tratado de Macrino.

En los montes de la Pérsida vivía un hombre de sangre real, llamado Ardeschir ó Artajerjes, tenido por descendiente de Darío y por hijo ó nieto del soldado Sasán, de que se deriva el nombre de su raza, Sasánidas (2). Admitido en la casa del gobernador de la Pérsida, se distinguió por su valor y destreza, se granjeó la voluntad del pueblo á la vez que el favor de su amo, y destituido éste, mató á su sucesor, sublevó á los persas, como en otro tiempo Ciro, arrastró á las ciudades vecinas con las cuales tenía inteligencias desde larga fecha y venció á los partos en tres batallas. En la última perdió la vida Artabán y Ardeschir se ciñó su tiara (226-7). En la roca de Nakschi-Rustán, cerca de Persépolis, se ven aun dos guerreros en combate singular: son Ardeschir y Artabán, disputándose á mano armada la tiara. Al consagrar este recuerdo junto al antiguo templo

(2) Piedra grabada del gabinete de Francia, núm. 1339.

(2) Según Sainte-Croix, los persas conservaron sus jefes nacionales en el momento de la sublevación Ardeschir gobernaba el país con este carácter.

de los Aqueménidas había querido atestiguar á vista de todos que su victoria era la restauración del antiguo imperio de Ciro.

Las monarquías orientales se establecen tan rápidamente como se derrumban. En algunos años, los montañeses de la Pérsida habían vuelto á las capitales de los primeros Aqueménidas «y todos los reyes se habían ceñido el cinturón de la sumisión, colgado á sus orejas el anillo de la servidumbre y echado á sus hombros el arnés de la obediencia.»

En un Estado cuyos resortes estaban gastados por su prolongado uso, veía Roma suceder á lo largo de su frontera oriental un imperio belicoso, como lo son siempre todas las nuevas dominaciones.

La revolución que acababa de consumarse era religiosa tanto como política. Los Arsácidas se habían helenizado bajo la influencia de la civilización que Alejandro había llevado al Asia occidental. Amaban los usos de la Grecia, hablaban su lengua, adoraban algunos de sus dioses, hacían representar en sus capitales las obras dramáticas de los grandes poetas de Atenas, y en las leyendas de sus monedas, que eran griegas, tomaban entre otros títulos el de *Philhellenes* ó filhelenos.

Esta cultura de espíritu los disponía á la tolerancia y el cristianismo se aprovechó de ella para penetrar en las provincias. Pero las naciones tributarias habían conservado el antiguo culto del Irán, el mazdeísmo; el fuego sagrado ardía siempre en los pireos y los magos eran numerosos. Estos sirvieron la causa del que se anunciaba como el vengador de Ormuz y el restaurador de las leyes de Zoroastro. Esta religión monoteísta, una de las que hacen más honor á la humanidad, ponía por debajo del Ser infinito Ahura-Mazda, *iszedes* ó genios buenos, espíritus celestes y ministros de las voluntades del Altísimo. Así no necesitaban los magos muchos esfuerzos de adulación para hacer de un rey potente y religioso un *iszed* visible; y Sapor podía decir sin ofensa de nadie: «¿No sabéis que yo soy de la raza de los dioses?»

En compensación del apoyo que le daban estos sacerdotes, Ardeschir les concedió la mayor influencia. «Restableció los magos, dice un historiador griego, en todo su honor y dignidad.» Este cuerpo sacerdotal, luego que sea poderoso, hará de la intolerancia la ley política de los Sasánidas y desencadenará la persecución contra los cristianos; pero también el celo religioso y nacional de estos príncipes dará á la nueva dinastía una vitalidad, un esplendor, que no había tenido la precedente.

Aumentando por esta parte el peligro para el imperio romano, se verá obligado á desguarnecer la línea del Rin y del Danubio, á fin de fortalecer la del Eufrates y la del Tigris, y para vigilar más de cerca á este nuevo enemigo, acabará por mudar el centro de su poder llevando su capital del Occidente al Oriente.

La guerra de cuatro siglos que va á comenzar entre los dos imperios es todavía una de tantas guerras como el celo religioso ha encendido, y se caracteriza en su origen entre los dos pueblos por una vuelta á los recuerdos de la expedición de Alejandro: por una parte admiración y confianza, y por otra odio y maldición. Vimos á Caracalla honrar la gloriosa memoria del héroe macedónico, al segundo Severo adoptar su famoso nombre y á las legiones tomar la organización de la falange. No sino parecía que la sombra del gran conquistador iba á marchar delante del ejército romano para guiarlo camino de Tesifonte.

Más allá del Tigris, aquel Alejandro cuya alma generosa celebramos habitualmente, había venido á ser para los ma-

gos, en su patriótico y religioso dolor, el *maldito* que pasó al filo de la espada á los nobles y á los sacerdotes, quemó los sagrados libros de la revelación «y arde á su vez en las eternas llamas.» Todavía hoy hablan los parsis de *Iskander el Rumi* como de un tirano abominable. «Después de él, dicen, la religión vino abajo y abajo vinieron los fieles, víc-



Moneda de Artajerjes; en el reverso una pira encendida (1)

timas de la mayor opresión, hasta que el rey Ardeschir hubo restablecido la verdadera fe (2).» Estos sentimientos contrarios anuncian la grandeza de la lucha que va á empeñarse.

IV.—EXPEDICIÓN CONTRA LOS PERSAS Y LOS GERMANOS. MUERTE DE ALEJANDRO SEVERO

Antes de entrar en lucha á brazo partido con el grande imperio occidental, el hijo de Sasán volvió sus armas contra los pueblos vecinos de la Mesopotamia romana. Desde luego atacó la ciudad de Atra, campamento de refugio de los árabes escenitas, contra el cual no fué más afortunado que Trajano ni Severo, y procuró derrotar á los Arsácidas de Armenia, que desde lo alto de sus montañas y de sus fortalezas inaccesibles hicieron frente á la invasión. Estas expediciones no tenían para él á buen seguro más que un fin secundario; á lo menos este doble amago no disminuyó sus esperanzas, y en 231 entró en la provincia romana.

A esta noticia, Alejandro y sus pacíficos consejeros escribieron al persa una bella carta llena de las más edificantes recomendaciones. Los estragos continuaron; Nísibe fué cercada y los exploradores enemigos penetraron hasta Capadocia. «Todas estas tierras son mías,» decía Ardeschir; y parecía que iba á tomarlas. Preciso fué que Roma se resignara á la guerra: hiciéronse grandes preparativos, y de cada provincia y de cada ejército partieron tropas hacia la Siria.

Alejandro abandonó su capital llorando, pero muy resuelto á cumplir con su deber, si no de soldado, á lo menos de emperador. Tomó el camino en dirección de la Iliria y de la Tracia recogiendo de paso tropas y entró en Siria con un respetable ejército. Encontró allí las legiones entregadas á todos los desórdenes, á los tumultos, acaso á una sublevación, si hay que referir á este momento histórico la proclamación de un emperador por el ejército de Mesopotamia.

Por fortuna, no bien hubo llegado el príncipe con los refuerzos enviados por las legiones de Panonia, cuando todo se aquietó. Se organizó una falange de treinta mil hombres en recuerdo de las victorias ganadas en aquellos países por el héroe macedonio, y hasta quiso Alejandro que su guardia tuviera *argiráspides* con escudos chapeados de oro y plata.

(1) Por el anverso, la cabeza de Artajerjes con la tiara y una estrella, símbolo del Sol; leyenda: *El adorador de Ormuzd*. En el reverso una pira de la que se elevan llamas; leyenda: *El divino Artajerjes*. Moneda de plata.

(2) V. la memoria de M. James Darmesteter, la *Leyenda de Alejandro entre los persas*, en el tomo XXXV de la *Bibl. de altos estudios*.

Cuatrocientos persas magníficamente vestidos y armados vinieron á intimar al emperador que evacuara el Asia: Alejandro tuvo por insolente el mensaje, y negándose á reconocerlos por embajadores, los internó en la Frigia, donde se les dieron villajos y tierras, y después entró en campaña (232).

Aquí difieren las narraciones. Según un contemporáneo, el emperador dividió sus fuerzas en tres cuerpos: el primero entró por la Armenia, país aliado de los romanos, para penetrar en la Media; el segundo por el desierto para alcanzar la confluencia del Tigris y el Eufrates y amenazar directamente la Persia; el tercero marchó derecho á la alta Mesopotamia; pero con extrema lentitud, de que se acusó á Mamea que temió exponer á su hijo.

El ejército del Norte recogió mucho botín, teniendo, sin embargo, pérdidas considerables, y sin obtener resultados serios, porque este camino no podía conducirlo á las partes vitales del nuevo imperio. Los persas opusieron pocas fuerzas á esta agresión demasiado excéntrica; se reunieron primero contra el ejército del Sud, que fué derrotado, y después contra el del centro, que compuesto en gran parte de soldados hechos al frío y á la humedad de las orillas del Rin y del Danubio, estaban fatigados por el calor ardiente y seco del desierto. Bajo aquel clima que exige sobriedad, comían y bebían los ilirios como en la Germania, y este error de régimen los diezaba; luego, la misma mortandad trajo la peste y fué preciso retroceder después de algunas ventajosas dudas. El mismo Alejandro cayó enfermo de fatiga y de cuidados.

Como en tiempo de Antonio, la retirada del ejército del Norte á través de los montes de la Armenia fué desastrosa y los cadáveres de los romanos volvieron á cubrir los caminos de aquel país (233). Pero no se contaban los muertos; aquellos soldados reclutados entre los bárbaros y en la hez de la población romana, no dejaban tras sí parientes ni amigos llorando á sus muertos, y era fácil, abriendo la mano á las larguezas, persuadir á los sobrevivientes que acababan de hacer una hábil y victoriosa campaña.

A decir verdad, no había allí vencidos ni vencedores. Los



Ormuzd (3)

persas podían gloriarse de un gran éxito, pero la Mesopotamia guardada por las fortalezas de Severo, se conservaba íntegra en poder de los romanos; y si habían exterminado un ejército imperial y detenido otro, no fué sin pérdidas

(3) El busto de Ormuzd rodeado de llamas y puesto sobre la pira. Inscripción pelvia. Sello anular (Grabado en ágata jaspada de 36 milímetros de diámetro. Gabinete de Francia, núm. 1336).

considerables. Así, desde que hubo desaparecido el peligro de una invasión romana, se dispersaron sus irregulares, llevándose cada cual su parte de botín. Sin embargo, los persas no habían logrado su objeto, mientras los romanos habían conseguido el suyo. Lejos de haber sido conquistada el Asia romana, quedaba libre, y en definitiva la victoria era de aquellos que habían obtenido el resultado que deseaban. Pero los dos imperios habían chocado otra vez sin abrumarse uno á otro, y así será hasta que un nuevo



Julia Mamaea de Venus púdica (1)

elemento, el fanatismo religioso y conquistador de los árabes, haya variado las condiciones de la lucha.

La segunda narración es para los romanos un canto de victoria.

Extracto de las actas del senado del 7.º día de las calendas de octubre. Discurso del príncipe:

«Padres conscriptos, hemos vencido á los persas. Inútil es un largo discurso; sólo importa que sepáis cuáles eran sus fuerzas y sus preparativos. Tenían 700 elefantes que llevaban torres armadas de arqueros; les cogimos 300, les matamos 200 y hemos traído aquí 18. Tenían mil carros guarnecidos de guadañas; hubiéramos podido traer doscientos cuyos caballos perecieron, pero no lo hemos creído necesario, porque hubiera sido fácil presentarlos otros. Hemos desbaratado ciento veinte mil jinetes, habiendo hecho morder el polvo á 10.000 de sus *catafractarios* (2). Hemos

(1) Museo del Louvre. Estatua en mármol pentélico, atribuida por algunos á Julia Soemias.

(2) Jinetes cubiertos de hierro de pies á cabeza.

cogido gran número de persas que como esclavos se han vendido á beneficio del tesoro, y reconquistado todo el territorio que media entre los dos ríos, la Mesopotamia, que había dejado perder el impudico Heliogábalo. Hemos en fin derrotado á ese rey Artajerjes, cuya fama y fuerzas le hacían tan temible, y la tierra de los persas lo ha visto huir, abandonando sus estandartes en los mismos parajes donde en otro tiempo perdiéramos los nuestros. He aquí, pues, Padres conscriptos, lo que hemos hecho. Los soldados vuelven ricos: la victoria hace olvidar la fatiga. A vosotros os cumple ahora decretar acciones de gracias para manifestar públicamente á los dioses la gratitud que les debemos» (25 de setiembre de 233).

El día siguiente, en memoria de esta gran victoria, se dió un congiario al pueblo y se celebraron juegos Pérsicos. Los diez y ocho elefantes que se presentaron hicieron creer en los trescientos que se habían cogido (3). No cabía duda: Roma acababa de renovar la gloria de Severo y de Trajano (4).

Roma, á lo menos, tenía necesidad de hacer creer este boletín de victoria. La Germania se agitaba, pues viendo los bárbaros desguarnecidos los campamentos que les cerraban el paso de la Galia y de la Iliria, creyeron la ocasión propicia para renovar sus actos de bandolerismo. Hacía mucho tiempo que la línea del Rin no estaba amenazada, de tal manera que en lugar de las ocho legiones que el primer emperador había destinado á este servicio, no se conservaban ya más que cuatro. Había pues sido fácil á los germanos pasar entre las reducidas guarniciones y llevar el estrago á la Galia. Por eso, mientras los ilirios volvían de Oriente, era hábil hacer que les precediera el rumor de una gran victoria. Había certeza de que las palabras pronunciadas en el senado resonaran á orillas del Rin.

Muchos meses hubieron de invertirse en reorganizar las fuerzas del Occidente, y en 234 (5) partió Alejandro para la Galia. Llegado que hubo con su madre á las inmediaciones de Maguncia, se esforzó todavía en evitar la guerra, y con esta idea propuso á los germanos la paz ofreciéndoles oro y presentes de todas clases, con gran descontento de los soldados que querían para sí todas estas larguezas.

(3) Acaso no había ninguno. Lampridio (57) habla de un carro triunfal arrastrado por cuatro elefantes, pero en las medallas sólo se ve una cuadriga de caballos (Eckhel, VII, 276). Por su parte Ardeschir atestiguaba á sus súbditos la victoria haciendo fabricar moneda de oro. No permitiendo los emperadores ni á los provinciales ni á los aliados emitir moneda de oro, circulaban exclusivamente los áureos con la efigie imperial; los negociantes romanos no podían aceptar otros y todo el comercio se hacía con esta moneda. Procopio refiere que Justiniano declaró la guerra á los árabes, por haber pagado el tributo en moneda de oro que no llevaba la efigie imperial (*De Bello Goth.*, III, 33; Zonaras, XIV, 22). En interés de las relaciones comerciales de sus súbditos los Arsácidas habían tenido que someterse á esta necesidad y no tenían moneda de oro. Los Sasánidas fabricaron, pero en pequeña cantidad (Mommson: *Historia de la moneda romana*, trad. de Blacas, p. 16).

(4) Una inscripción recién leída en Túnez (*Bull. Épig. de la Gaule*, 1883, p. 3) menciona una ofrenda del *splenditissimus ordo* de los decuriones, *Fortuna Reduci Aug.*, para la entrada triunfal de Alejandro Severo. Esta inscripción y otra del museo de Peste hacen pensar que Mamaea había acompañado á su hijo á Oriente, como lo siguió á la expedición de Germania. Esta persistencia de la *avara madre* en acompañar siempre á su hijo fué sin duda una de las causas de la catástrofe que les costó la vida á los dos.

(5) *Profectio Aug.* (Eckhel, VII, 277). Lampridio (*Alex.* 60) pretende que una druidesa hubo de decirle, *Gallio sermone*, que no esperara la victoria ni se fiara de sus soldados. Los druidas habían descendido á la condición de hechiceros que decían la buena ventura. Sabido es que Aureliano y Diocleciano los consultaron para saber el porvenir.

Había entonces en el ejército un jefe, de nombre Maximino, que había visto la luz en la región más bárbara de la Tracia. Pastor en su origen, sentó luego plaza de soldado, y su alta estatura y su fuerza hubieron de llamar la atención en el ejército y fué de grado en grado subiendo hasta el mando de las nuevas levás, cuya instrucción le confiara Alejandro. Eran estos reclutas en su mayoría pañonios rudos y groseros como él, pero afectos á un hombre que tenía sus cualidades buenas y malas, y desdeñosos de las tranquilas virtudes del emperador.

Calculaban, por otra parte, que el reinado de Alejandro había durado ya bastante tiempo, que la última guerra había dejado exhausto su tesoro,



Moneda conmemorativa del congiario dado por Alejandro Severo (1)

cuyos restos guardaba la codiciosa Mamaea bajo llave; en fin, que sería cosa de provecho para ellos cambiar de emperador, puesto que el nuevo pagaría liberalmente su encumbramiento, sobre todo si elegían á Maximino, el cual sin nobleza de sangre ni ilustración, sólo reinaría para ellos. Y como lo pensaron lo hicieron. Un día le echaron á los hombros un manto de púrpura

y partieron en armas hacia el palacio imperial.

A la aproximación del tumulto, mandó Alejandro á sus guardias que fueran á arrestar al culpable; pero los guardias vacilaron primero, después se negaron y por fin dejaron entrar á los insurgentes, que degollaron al hijo y á la madre, ó como dice Herodiano, «á la mujer avara y al hijo pusilánime.» Ciertas narraciones suponen que murió cobardemente (19 marzo 235).

Había reinado Alejandro trece años y tenía veintiséis de edad, ó veintinueve según Lampridio. Es el último de los príncipes sirios. Si entre ellos se cuenta á Severo en razón de la influencia ejercida sobre él por Julia Domna, esta dinastía tuvo el imperio por espacio de unos cuarenta años, breve espacio señalado por grandes acontecimientos y sangrientas tragedias, y en el cual acabó de desaparecer lo que quedaba de sangre y espíritu romano. No eran los juriscónsultos los que conservaban la ciencia romana por excelencia; por las costumbres y las creencias, parecía aquello una monarquía asiática. El imperio se inclina al Oriente y muy pronto en él se perderá.

El respeto de Alejandro á Abraham y á Jesús, y las antiguas relaciones de su madre con Orígenes, lo habían hecho simpático á los judíos y á los cristianos. Estos tuvieron, durante su reinado, una paz inalterable y una existencia legal. En un litigio que la Iglesia de Roma sostuvo con unos taberneros por cuestión de un terreno público, sentenció Alejandro en favor de los cristianos. «Más vale, dijo, que ese terreno venga á ser un lugar de oración que no un

(1) LIBERALITAS AVGVSTI V SC. Alejandro sentado en un estrado; detrás el prefecto del pretorio y un soldado; delante la Liberalidad; abajo un ciudadano subiendo por la escala (Bronce. Cohen, número 288).

sitio de malas costumbres.» La manera como la Iglesia procedía á sus elecciones sacerdotales le había llamado la atención y pensó un momento en imitarla para las funciones del Estado. Pero de este pensamiento no quedó, como se ha visto, más que la invitación hecha al pueblo para que denunciara las faltas de los candidatos propuestos para los empleos.

Lampridio supone que Alejandro quería erigir un templo á Cristo y ponerlo en la categoría de los dioses, pero que los sacerdotes le hicieron desistir de su propósito declarando por la fe de los libros sagrados, que si lo realizaba, los demás templos quedarían desiertos. Esto podía decirse á Constantino, pero no pudo decirse al hijo de Mamaea, en cuyo tiempo no eran los cristianos tan numerosos que pudieran inspirar semejante temor. Sin embargo, los cristianos se aprovecharon de la tolerancia de Alejandro para edificar sus primeras iglesias, mencionadas por Orígenes poco tiempo después.

De Mamaea se hizo también una cristiana; singular cristiana una emperatriz llamada en sus monedas la *Juno Benéfica*, cuya apoteosis decretó el senado instituyendo una fiesta que los paganos celebraban aun en el siglo IV. Como su hijo había querido conocer la nueva religión y muchos también tenían esta curiosidad. Refiere Eusebio que un gobernador de la provincia de Arabia solicitó del obispo de Alejandría y del prefecto de Egipto que le enviaran á Orígenes á fin de conferenciar con él sobre la nueva doctrina.

El reinado de este joven y desgraciado príncipe, á quien á pesar de su debilidad, debemos conceder particular estimación, fué pues el momento en que el pasado y el porvenir, las dos grandes fuerzas sociales, hubieran podido acercarse sin confundirse y vivir en paz hasta que se obrara definitivamente la transformación (2). No era imposible una conciliación de hecho entre el imperio ya desdeñoso con las viejas divinidades y un cristianismo que hubiera sido respetuoso con el orden establecido. El uno aceptando como regla de gobierno la tolerancia religiosa; el otro, satisfecho con la libertad que se le dejaba, continuando en su obra de ganar pacífica y serenamente las almas, pero no ganando violentamente el poder, haciendo la conquista del mundo á título de verdad moral, y no como partido victorioso que se establece por fuerza en las posiciones de que precipita á sus adversarios.

Por desgracia las revoluciones de este mundo no se consuman con esta sabiduría. El espíritu de Tertuliano ha reemplazado en la Iglesia al de Clemente, y en el Estado van á suceder también los violentos á los pacíficos. Por ambas partes se empleará la fuerza: Diocleciano en nombre de los dioses; los sucesores de Constantino en nombre de Cristo, y el imperio vacilará sobre su base.

(2) Zonaras (XII, 16) pretende que había muchos cristianos en la corte de Alejandro: «πολλοί κατὰ τὸν Ἀλοικὸν ἦσαν τὸν Χριστὸν ἐπεγνωότες θεῶν, Mangold, de *Ecclesia primava pro Casaribus ac magistratibus rom. preces fundente*, 1881, juzga que en los dos primeros siglos las preces litúrgicas por los emperadores y los magistrados se rezaban en las comunidades cristianas.